

**Y había perros que jamás ladron**

I

Un salto en las tinieblas.  
Oculta en el sargazo,  
la garra de Satán  
arrastra los bajeles al abismo.  
Al filo de la muerte,  
vomita el navegante su secreto.  
La noche engendra el miedo.  
En cada pliegue brillan  
los ojos de Kraken.  
Con un brazo en las sombras  
y otro en el paraíso,  
abraza el Almirante  
su desmedido sueño de grandeza.

II

Noche y día cumplieron con su rumbo.  
Porque no pareciera largo viaje,  
fingía navegar menos camino  
en una mar cuajada de silencio,  
poblada de pardelas y alcatraces.  
Vieron volar garjaos, rabos de junco,  
y hallaron a su paso hierba espesa,  
la mar menos salada  
y vientos suaves.  
Cumplidas las semanas,  
como los alimentos, el ánimo escasea.  
Se resiente la fe,  
la brújula vacila,  
la voz de las sirenas oculta el horizonte.  
Cielo y tierra se hermanan en una azul conjura  
y el Almirante escribe:  
“De príncipes grandeza es el servir a Dios  
y acrecentar su reino sin importar la renta,  
pero en verdad, es todo pasajero  
salvo que la palabra de Dios ha de cumplirse,  
y él dijo que a estas tierras,  
España llevaría de Dios el santo nombre”.

Pero acaso, los hombres se preguntan,  
¿ventarán estos mares para volver a España?

III

Mansa y llana la mar,  
espejo del silencio,  
aquejarre de sombras y tritones.  
Cansados de mirar hacia el vacío,  
mudaron la derrota  
abrazados al vuelo de las aves.  
Heridos del aroma  
de almizcle y almáciga,  
hallaron el consuelo en la certeza  
de los escaramujos  
y del junco.

## IV

Un viaje hacia el misterio,  
verde mar tenebroso.  
Más puede la ambición  
que asusta el miedo.  
Un viento de inquietud hincha las velas.  
¿Qué oculta cada hombre en su memoria?  
¿Qué esconde en su mirada?  
¿Qué impulso le motiva?  
¿Qué sueños alimenta?  
¿Qué esperan encontrar  
en el confín del mundo?  
Mecidos por el dulce  
vaivén de la desidia,  
mirando las estrellas  
de un cielo calcinado,  
heridos de fatiga,  
anclados al silencio,  
toda la noche oyeron pasar pájaros.

V

Eran los vientos suaves y apacibles,  
el mar anaranjado.  
Contra la fe se estrella  
el ojo fatigado de Triana.  
Negocio mal pagado,  
mirar fecundo,  
por un jubón de seda, un nuevo mundo.  
Voraz rabiforcado, el Almirante  
se quedó las mercedes  
que los Reyes habían prometido  
para aquel que primero viese tierra.  
Diez mil maravedís  
de juro y de rapiña.  
Dijo haber visto lumbre,  
como una candelilla,  
y hubo por cierto estar cerca de tierra.  
Y tras rezar la salve,  
rogó a los marineros  
que hicieran buena guardia  
del castillo de proa.  
Y pasadas dos horas de las doce,  
la noche se ilumina,  
se oye un grito.  
Cuatro veces el viento lo repite,  
y cuatro veces cuatro  
corre de boca en boca  
en un coro de marineros ebrios.

VI

Pusieron a la corda los navíos,  
amañaron las velas.  
Por buenas dieron penas y mudanzas.  
Salieron al encuentro de la gente desnuda.  
“Venid a ver los hombres que vinieron del cielo,  
traedles agua fresca y pan de niames”  
Mujeres perfumadas de linaloe,  
mancebos de algodón,  
y gente mansa.  
“Mejor se coloniza por amor que por fuerza”,  
escribe el Almirante.  
Y en el nombre de Dios,  
cubrieron al desnudo con banderas.  
Y diéronle bonetes colorados,  
escudillas de barro,  
cascabeles de pie de gavilano,  
sonajas de latón,  
cuentas de vidrio,  
a cambio de su oro  
y de su fe.  
“Venid a ver los hombres que vinieron del cielo,  
traedles de comer y de beber”.

VII

Y todo lo entregaban sin pedir nada a cambio,  
dando gracias al cielo,  
levantando las manos desprovistas  
de varas y azagayas.  
Todos desnudos, hombres y mujeres,  
barnizados de sal y de temores,  
les besaban las manos  
y los pies.  
En el nombre de Dios,  
dejaron una cruz en cada puerto,  
en las casas vacías  
y en cada piel dorada.  
Porque todo es dorado en esta tierra,  
todo se muda en oro al ojo codicioso.  
¿Acaso no es dorado el color de las frutas?  
¿Y el olor del almizcle, no es dorado?  
¿Doradas las palmeras y dorados los peces?  
¿Acaso no es dorado el color de las aves?  
¿El agua de los ríos?  
¿Los pechos de las hembras?  
Indígenas dorados,  
dorados papagayos.  
¿No es dorada la brisa  
que inflama nuestras velas?  
¿Acaso no es dorado el paraíso?

## VIII

En el calor pastoso de la noche,  
el capitán escurre su codicia.  
Sin causa de mal tiempo,  
contra la voluntad y la obediencia,  
sin licencia de Dios  
y sin gobierno,  
emprende su camino  
y engendra su osadía la leyenda.  
Samoet, ¿sueño dorado?  
Cuba, Bohío, Babeque...  
¿Un gesto de valor  
o de soberbia?

IX

Salido el sol,  
volvió a ventar de nuevo  
y mandó desplegar toda la vela  
para volver a España.  
Cumplido su negocio  
y herido en el orgullo,  
decidió regresar sin más demora.  
Con un solo navío  
sintió que era arriesgado  
afrontar los peligros  
de engrandecer su hazaña.  
Simiente de un imperio,  
dejó en aquellas tierras  
los restos de un naufragio  
y treinta y nueve hombres codiciosos.  
Durante su regreso  
fue bautizando islas,  
puntas y cabos,  
puertos y bahías:  
Belprado, Punta Seca,  
Tajado, Puerto Sacro,  
del Hierro, Padre e hijo,  
de Plata, San Theramo,  
Redondo, de las Flechas,  
y del Enamorado

X

Y a mitad de camino  
se hizo la mar terrible.  
Las olas, espantables,  
contraria una de otra,  
se cruzaban quebrando en la cubierta.  
Vientos que parecía  
que iban a levantar la nave por los aires.  
Agua del cielo,  
relámpagos y truenos.  
Saurios y grifos,  
guardianes del infierno,  
hacen hervir la mar.  
Y teniéndose todos por perdidos  
y ante la muerte cierta,  
prometieron hacer voto de ayuno,  
y elegir un romero  
que cumpliese por todos romería.  
Quiso el azar,  
marcado con la cruz de una legumbre,  
que la suerte cayese  
en el propio Almirante.  
Dolido de flaqueza y de congoja,  
falto de fe,  
como falto de lastre iba el navío,  
mandó arrojar al mar un pergaminio,  
oculto en un barril,  
para salvar su honra del naufragio.

XI

Rompió la tempestad toda la vela  
y anduvieron después a palo seco.  
Empujados por vientos de silencio  
navegaron, callados,  
hacia un mar de futuro.  
Y mezclaron la fe con las especias,  
la sangre con la espuma,  
el miedo con el oro,  
los sueños con la bruma.  
Entornaron los ojos agotados  
y vieron pasar islas de diversos tamaños.  
Y contemplaron aves  
de plumaje vistoso,  
palmas de grandes hojas,  
y frescas arboledas,  
aparejos de pesca,  
y ríos armoniosos,  
aromáticas plantas,  
dorados horizontes,  
playas de arena blanca,  
y cielos perfumados.  
Vieron casas vacías,  
y mujeres desnudas,...

Y había perros que jamás ladron